

EL INFIERNO DE NO ESCRIBIR

Si supiese por qué escribo, ya no escribiría. O quizá no he ignorado nunca por qué escribía y continúo escribiendo para olvidarlo. Jamás me he planteado a mí mismo esta pregunta, y cuando otro me la plantea, nadie (y, por supuesto, yo menos que nadie) está dispuesto a pagar los honorarios de un psicoanalista. Se trata probablemente de la pregunta más inocente que se pueda formular a un escritor y, como la inocencia siempre resulta capciosa, ningún escritor se resiste a contestar.

La realidad es también insidiosa y todo escritor se entrega a ella antes de aniquilarla. Día a día, uno comprende que no existe una causa única que nos impulse a ese trabajo, tan libremente elegido que no es extraño que infunda sospechas. La mayoría de los días yo escribo porque sí. Pero también algún día escribo porque me gusta la gramática. O para compensarme de no gustarme a mí mismo (los días, poco frecuentes, en que no me gusto). Hay días en que escribo porque, habiendo renunciado a ser inteligente, no me resigno a ser feo. Hay otros días en que escribo para que mi agente literario pueda ganar más dinero y le sea posible proteger a un escritor desconocido, como yo lo era cuando mi agente literario era una agente casi desconocida. También a veces (muy pocas) escribo (cuando escribo muy bien) por el placer de arruinar a mis editores. Mientras escribo, no tengo capacidad para preguntarme si estoy escribiendo para que me lean; luego, cuando dejo de escribir, me pregunto si únicamente habré escrito para los que quise mucho y están muertos. La mayoría de los días escribo para evitarme ese infierno que es un día sin escribir.

1984

* Palabras para una encuesta a cien escritores europeos, realizada por el diario parisino *Libération*.